

Ariel Martínez,* Tomás Gomariz,* Luciano Arévalo*

Una mirada procustea sobre Marie Bonaparte. Algunas consecuencias semiótico-técnicas del discurso psicoanalítico en torno a la sexualidad femenina

A Procrustean look on Marie Bonaparte. Some semiotic-technical consequences of psychoanalytic discourse on female sexuality

Abstract | This article revisits the figure of Marie Bonaparte, Freud's disciple, in order to explore the discursive, material and political implications of the psychoanalytic narrative on the female body and sexuality. We propose the myth of Procrustes' bed and the figuration of the two operating tables elaborated by Paul Preciado as conceptual tools to examine the semiotic-technical effects of psychoanalytic discourse on female sexuality. In this sense, Bonaparte's research constitutes a paradigmatic case in which Freudian conceptualizations about the female psychosexual constitution have been put into practice in the form of material interventions of a biomedical nature. We also analyze this operation, known as "the Halban-Narjani intervention", in the light of the notion of *gender dispositif* conceptualized by Preciado. On the other hand, the crossings between gender and race are alluded to by pointing out the colonial prolongations of the psychoanalytic discourse in the discussion carried out by Bonaparte about clitoridectomy in Kenya. Finally, we project an ethical-political horizon where, from the decryption of the body of the logic of difference, the subversion of the gender dispositif is possible.

Keywords | psychoanalysis | body | feminine sexuality | gender dispositive.

Resumen | Este artículo recupera la figura de Marie Bonaparte, discípula de Freud, a fin de explorar los alcances discursivos, materiales y políticos de la narrativa psicoanalítica en

Recibido: 1 de julio, 2024.

Aceptado: 3 de diciembre, 2025.

* Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género (CInG), Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) – Universidad Nacional de La Plata (UNLP) / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

Correos electrónicos: amartinez@psico.unlp.edu.ar | gomariztomaz@gmail.com | lucianonicolasarevalo@gmail.com

Martínez, Ariel, Tomás Gomariz, Luciano Arévalo. «Una mirada procustea sobre Marie Bonaparte. Algunas consecuencias semiótico-técnicas del discurso psicoanalítico en torno a la sexualidad femenina.» *INTER DISCIPLINA* vol. 14, n° 39 (mayo-agosto 2026): 169-190.

doi: <https://doi.org/10.22201/ceiich.24485705e.2026.39.89114>

torno al cuerpo y la sexualidad femenina. Se proponen el mito del lecho de Procusto y la figuración de las dos mesas de operaciones elaborada por Paul Preciado como herramientas conceptuales para examinar los efectos semiótico-técnicos del discurso psicoanalítico sobre la sexualidad femenina. En este sentido, las investigaciones de Bonaparte constituyen un caso paradigmático en el cual las conceptualizaciones freudianas acerca de la constitución psicosexual femenina han sido llevadas a la práctica bajo la forma de intervenciones materiales de carácter biomédico. Esta operación, conocida como “la intervención Halban-Narjani”, es analizada a la luz de la noción *dispositivo de género* conceptualizada por Preciado. Por otro lado, se alude a los cruces entre género y raza al señalar las prolongaciones coloniales del discurso psicoanalítico en la discusión llevada a cabo por Bonaparte acerca de la clitoridectomía en Kenia. Finalmente, se proyecta un horizonte ético-político donde, a partir de la descriptación del cuerpo de la lógica de la diferencia, es posible la subversión del dispositivo de género.

Palabras clave | psicoanálisis | cuerpo | sexualidad femenina | dispositivo de género.

Introducción

LA MITOLOGÍA GRIEGA nos ofrece la historia de Procusto, un ladrón de Ática, quien se cobró la vida de muchas personas inocentes, las cuales pasaban por la puerta de su fortaleza. La mayoría de sus víctimas eran viajeros sin conocer la zona y sin estar familiarizados con él. Con una hospitalidad extrema, Procusto se acercaba a los viajeros, quienes pasaban por su residencia y les ofrecía con generosidad una noche de alojamiento. Cansados por su larga caminata, los viajeros aceptaban la oferta con gratitud. Desafortunadamente, ninguno salía con vida del lugar. Tan pronto como se encontraban durmiendo, Procusto los ataba con firmeza y medía su altura. La unidad de medida que usaba Procusto era la longitud de su cama de hierro. Si el invitado era más alto que la longitud de la cama, Procusto cortaba con un serrucho las partes de sus extremidades que se extendían sobre la longitud de la cama (piernas, brazos y cabeza). Si el invitado era más corto que la cama, lo estiraba hasta descoyuntar las articulaciones del cuerpo y así lograr que se adaptara a la medida de la cama. La ola de violencia por parte de Procusto fue extrema y las imágenes sangrientas de la historia suelen retratarse de formas cruentas (Ayto 2009). Lo especialmente sorprendente de la historia es el interés de Procusto por (de)formar los cuerpos para que se ajustasen a la longitud de su cama. Los horrores del lecho de Procusto resuenan con el fenómeno de la estandarización. ¿Es posible pensar el lecho de Procusto en términos de *dispositivo de género* cuya producción más eficaz refiere al dimorfismo sexual?

Son ampliamente conocidos los aportes tempranos de Judith Butler (2006 y 2007) acerca del cuerpo como una construcción discursiva sexo-generizada de gran alcance con importantes efectos sociales y políticos. En los últimos años,

varias críticas se han acumulado en torno a la teoría butleriana de la *performatividad del género*, acusándola de una reducción del cuerpo a las vicisitudes del signo lingüístico. En este escenario de críticas hacia las perspectivas más construccionistas dentro de los estudios *queer*, es preciso tomar en cuenta las consideraciones contemporáneas de Paul B. Preciado (2009 y 2014) respecto al género. La potencialidad productiva de lo que el autor denomina dispositivo de género no considera a la materialidad y al lenguaje como ontológicamente diferentes, a la vez que cuestiona el ordenamiento secuencial y causal entre estos elementos. Invocando la contundencia de la materialidad, la cual se escenifica en el carácter cruento del lecho de Procusto, aquí nos interesamos por perspectivas desestabilizadoras de los enfoques o bien idealistas o bien realistas ingenuos del cuerpo. En esta dirección, Preciado considera el género como una “ficción somatopolítica” (2014, 98), producto de la intervención del campo de la técnica sobre el cuerpo entendido en términos de potencialidad somática de los sujetos (De Mauro 2016).

En esta línea, el primer apartado del artículo introduce la perspectiva de Paul B. Preciado sobre la producción semiótico-técnica del sexo-género. Desde la mirada del filósofo, el género se materializa a partir de intervenciones tecnológicas y prostéticas, las cuales revelan el carácter plástico y maleable del cuerpo. Este segmento del trabajo permite ilustrar el modo en el cual las consideraciones de Preciado (2009) complejizan la teoría de la performatividad del género formulada por Judith Butler (2007). Mientras que Butler otorga preeminencia a los actos de habla y al vector discursivo en la producción del género, Preciado destaca el papel desempeñado por tecnologías fármaco-prostéticas involucradas en la producción material del sexo-género. El segundo apartado considera la figuración de las dos mesas de operaciones introducidas por Paul Preciado como pieza central de su noción de dispositivo de género. Si Butler ha contribuido a exponer los efectos discursivos de la primera de ellas, Preciado nos enfrenta con los medios y los efectos materiales de la segunda. Al interior de este apartado se explora, a lo largo de dos segmentos, la figura de Marie Bonaparte como recurso para exponer la violencia normativa que anida en la narrativa psicoanalítica en torno a la sexualidad femenina. En tanto dicho discurso constituye un emergente clave del dispositivo de género, se expone el modo en el cual el núcleo freudiano de las ideas de Bonaparte se traduce y materializa en las dos mesas de operaciones antes señaladas. Un tercer apartado alude a los cruces entre género y raza al señalar las prolongaciones coloniales del discurso psicoanalítico. Finalmente, el lecho de Procusto, mito transversal al presente artículo, se retoma para dar cuenta de las tecnologías y materializaciones desprendidas del discurso psicoanalítico, al mismo tiempo que sostiene un horizonte ético-político donde la subversión del dispositivo de género es posible.

Lo somato-político en Paul B. Preciado

Los desarrollos conceptuales de la filosofía de Paul B. Preciado apuntan, entre otras cuestiones, a ubicar la dimensión material del cuerpo de un modo novedoso respecto a los planteos de Judith Butler (Muñoz Contreras 2024). En *Testo Yonqui* (2014), Preciado se somete a lo que denomina un “protocolo de intoxicación voluntaria” (15) consistente en la aplicación de testosterona en gel con el propósito de producir modificaciones sobre la estructura molecular de su cuerpo. Este protocolo le permite al autor producir una rematerialización del cuerpo, lo cual tuerce la supuesta fijeza e inmutabilidad que los discursos modernos le adjudican. Si en Butler las transformaciones a nivel del lenguaje producen transformaciones a nivel de la materialidad corporal construida bajo una preminencia de los discursos normativos, en Preciado las mutaciones transcurren por procesos fisiológicos en los cuales, sin embargo, no resulta posible separar la carne de sus inextricables entramados político-discursivos.

Siguiendo a Teresa de Lauretis (2000), Preciado ubica al cuerpo contemporáneo como un producto técnico, en el cual una serie de tecnologías de género, reguladas principalmente por las industrias farmacológica y pornográfica, comandan la materialización del cuerpo sexuado. En este sentido, podemos entender el género como una sucesión de efectos materiales y representacionales dentro de un circuito integrado de tecnologías semiótico-políticas. Por otro lado, junto con Haraway (1995), Preciado concibe el cuerpo como una integración de lo orgánico y lo técnico: una entidad en la cual se confunden e hibridan lo humano y lo artificial. La corporización es pensada como la naturalización de un artefacto tecnovivo. Esta materialización de los cuerpos sexuados, donde lo humano y lo no humano se funden de manera indisoluble, exhibe en la contemporaneidad una tendencia a la sofisticación y miniaturización operatoria, como parte de una tecnología de molecularización de la existencia. En palabras de Preciado:

En la sociedad farmacopornográfica el modelo de acción sobre el cuerpo es la microprostética: el poder actúa a través de una molécula que viene a formar parte de nuestro sistema inmunitario, de la silicona que toma la forma de senos, de un neurotransmisor que modifica nuestra forma de percibir y actuar, de una hormona y su acción sistémica sobre el hambre, el sueño, la excitación sexual, la agresividad o la descodificación social de nuestra feminidad y masculinidad. Asistiremos así progresivamente a la miniaturización, internalización e introversión [...] reflexiva de los dispositivos de vigilancia y de control propios del régimen sexopolítico disciplinario. (Preciado 2014, 73)

El cuerpo posee en la obra de Preciado el estatuto de una plataforma molecular sujeta a técnicas de control y disciplinamiento de alto nivel de sofisticación. Pero ¿cuál es el estatuto de esta plataforma?, ¿esta molecularización opera sobre un sus-

trato material preexistente? Preciado llama *programación de género* a la forma en la cual las tecnologías de género producen subjetividades interpretando y configurando variaciones somáticas como masculinas o femeninas. A su vez, estos procesos semiótico-técnicos son incorporados a la estructura misma de los seres vivos, a través de técnicas específicas como las intervenciones quirúrgicas y endocrinológicas. De esta manera, las tecnologías de género logran no solo operar en los registros semiótico-materiales de la existencia (la producción técnica de la naturaleza del cuerpo, es decir, la “carne”), sino que intervienen también en la conformación de subjetividades (Coll-Planas 2012). Se inaugura de esta forma un cuerpo tecnovivo en el cual la carne se materializa a partir de tecnologías y programaciones políticas concretas: el cuerpo somato-político. En este sentido, Preciado señala:

El cuerpo en la era farmacopornográfica no es una materia pasiva, sino una interfaz tecno-orgánica, un sistema tecno-vivo segmentado y territorializado por diferentes modelos políticos (textuales, informáticos, bioquímicos). No hay aquí sucesión de modelos que serán superados históricamente por otros, ni rupturas, ni discontinuidades radicales, sino simultaneidad inconexa, acción transversal de varios modelos somatopolíticos que operan y constituyen, siguiendo diversas intensidades, diversos índices de penetración, diversos grados de efectividad en la producción de la subjetividad. (Preciado 2014, 104)

La idea de lo somato-político, tal como lo presenta el autor, no parece suponer un orden cronológico de estratos ontológicos diferenciales, donde uno es soporte previamente existente de otro, más bien la lógica quiasmática parece estructurar tal constructo.¹ Del mismo modo, nos dice:

Asistimos a la progresiva infiltración de las técnicas de control social del sistema decimonónico disciplinario dentro del cuerpo individual. Ya no se trata ni de castigar

1 Como estrategia para cuestionar los abordajes del cuerpo subsidiarios de dicotomías modernas vinculadas con el *cogito* cartesiano, Judith Butler introduce la categoría de *quiasmo*. La aproximación construccionista social propuesta por Butler ha recibido numerosas críticas de sectores del feminismo, acusándola de diluir la materialidad de los cuerpos bajo un representacionalismo extremo. Frente a estos señalamientos, Butler reformuló su propuesta incorporando a sus reflexiones el cuerpo a la luz de la compleja relación entre materialidad y discurso. Así, llega a afirmar que su teoría de la performatividad no se reduce a los actos del habla sino que trata sobre actos corporales en donde la materialidad del cuerpo juega un papel fundamental (Butler 2006). La invocación de la noción de *quiasmo* le permite a Butler re-escenificar el cuerpo como sitio material a la vez que constituido discursivamente a partir de las normas sociales. La figura del *quiasmo* supone un modo de relación donde no es posible jerarquizar ni subsumir ninguno de los términos —materialidad y lenguaje— en función del otro (Vacarezza 2011). Esta lógica resuena fuertemente con la producción somato-política del cuerpo tal como la concibe Preciado.

las infracciones sexuales de los individuos ni de vigilar y corregir sus desviaciones a través de un código de leyes externas, sino de modificar sus cuerpos en tanto que plataforma viva de órganos, flujos, neurotransmisores y posibilidades de conexión y agenciamiento, haciendo de estos, al mismo tiempo, el instrumento, el soporte y el efecto de un programa político. (Preciado 2014, 146)

Mabel Alicia Campagnoli (2018) señala el modo en el cual Preciado articula dos paradigmas en torno a su noción de dispositivo de género: el médico-psi-quiatrico y las ciencias sociales. Que el género sea un producto, o construido, no resulta novedoso; sin embargo, pensar la producción del género en términos de un dispositivo sí lo es, sobre todo, enfatiza Campagnoli, cuando Preciado integra líneas teóricas diversas para entretejer su propuesta.

La propuesta de Preciado parece montarse sobre la conformidad de género ya teorizada por Butler, donde la matriz de inteligibilidad heterosexual produce una secuencia armónica, lineal y causal entre sexo, género y deseo. La raigambre foucaultiana de su pensamiento le permite teorizar el enlace contingente entre cada una de las piezas de la pretendida coherencia de género (Butler 2007),² incluso afirmar algo mucho más radical: la producción discursiva del sexo. En el recorrido planteado, Campagnoli nos muestra la producción prostética de la coherencia tal como la piensa Preciado; “su consideración agrega precisiones al planteo de Judith Butler pues muestra cómo la performatividad actúa al modo de un programa operativo de género, el cual involucra todo el proceso biológico vital, no solo modalidades de vestimenta y de estilos corporales” (Campagnoli 2018, 306). En el contexto de un nuevo régimen de poder fármaco-porno-político, donde el dispositivo de poder (de género) se articula a partir de una nueva

2 Butler (2007) plantea que las normas sociales prescriben y reiteran un encadenamiento causal y coherente entre sexo-género-sexualidad, donde los cuerpos son clasificados dimórficamente (como machos o como hembras), se les asigna un género (masculino o femenino) de manera lineal y mimética —como si este constituyera un reflejo de un sexo anatómico que se pretende incuestionable— y se los orienta de acuerdo con una única dirección del deseo (al sexo/género concebido como opuesto). Mediante este ordenamiento obligatorio y heteronormado de ciertos atributos en una secuencia lógica, se producen la masculinidad y la feminidad como aparentes sustancias perdurables. Este proceso se afirma al servicio del sostenimiento del binarismo de género, organizando la realidad en función de pares dicotómicos. Esta estructura normativa asegura la estabilidad de identidades fijas y perpetúa la exclusión de lo que se percibe como incoherente o discontinuo, es decir, aquello que al desafiar el *continuum* entre los términos expone su fuente normativa y revela su carácter no necesario y contingente. Los cuerpos cuyo género no coincide con su sexo anatómico, cuyas prácticas y deseos sexuales no se alinean con la heterosexualidad, e incluso aquellos cuya anatomía no es claramente definida, quedan fuera de toda posibilidad de inteligibilidad o reconocimiento social. Estos cuerpos son marginados, excluidos y patologizados (Martínez 2018a).

episteme post-Money-ísta,³ se producen corporalidades a partir de nuevas tecnologías tanto del cuerpo como de la representación. Este dispositivo produce un tecnogénero, donde la materialidad de los sexos es realizada performativamente. El género, devenido prostético, no sin la materialidad de los cuerpos, “es a la vez construido y orgánico” (Campagnoli 2018, 308).

Dispositivo de género: las dos mesas de operaciones

Las vinculaciones entre la producción del género y el orden médico psiquiátrico muestran contundencia desde mediados del siglo pasado. Preciado señala que los diseños de las corporalidades con las cuales contamos son los postulados por John Money a fines de la década de los años 40 del siglo pasado. Campagnoli ofrece un ordenamiento claro del modo en el cual funciona el proceso a partir del pasaje por dos mesas de operaciones. Una de ellas, la primera (no solo en términos cronológicos, sino que también podríamos pensarla como una prioridad lógica), es abstracta y refiere a la asignación de sexo. Aquí el bisturí virtual son las palabras y miradas, en la misma línea teorizada por Butler. En cuanto a la segunda mesa de operaciones, la cruenta, configura una instancia por la cual pasan solo algunas criaturas humanas. Campagnoli refiere dos motivos que conducen a algunas personas a la segunda mesa de operaciones, uno de ellos “porque el trabajo necesario en la primera mesa no pudo ser llevado a cabo con éxito en un tiempo breve (intersexualidad)”, el otro “porque el trabajo realizado en esa primera mesa requiere ser revertido posteriormente (transexualidad)” (Campagnoli 2018, 313). En esta segunda mesa, enfatiza Campagnoli, queda claro el efecto prostético de las implementaciones que requieren la intervención explícita del cuerpo, ya sea mediante cirugías o administración hormonal.

En este punto, nos interesa vincular el ordenamiento ofrecido por Campagnoli con los aportes de Marie Bonaparte publicados en el año 1967 bajo el título *La sexualité de la femme*. Interesa hacer referencia a esta obra, por dos motivos: uno de ellos, refiere a que los ensayos allí publicados fueron escritos en el año

3 La episteme post-ísta caracteriza el dispositivo de género conceptualizado por Paul B. Preciado, el cual ha regido la producción corporal desde la década de 1950. “Post-Money-ísta” es un término acuñado por Preciado para referirse a los efectos corporales de las intervenciones médicas, tanto quirúrgicas como endocrinológicas, iniciadas por John Money a mediados del siglo pasado para el tratamiento de la intersexualidad (Campagnoli 2011). Las teorías de Money sobre la formación de la identidad sexual dieron lugar a cirugías de asignación de sexo, buscando establecer la coherencia en los cuerpos de recién nacidos cuya genitalidad no podía ser clasificada según el criterio sexual dimórfico. Según Preciado, el dispositivo de género surge a partir de las prácticas médicas desarrolladas por Money para el tratamiento de la intersexualidad, junto con el incremento de intervenciones relacionadas con la transexualidad y el desarrollo de prótesis en el contexto de la Guerra Fría.

1950, fecha que remite al inicio, nunca exacto habida cuenta de la complejidad de los procesos históricos, del régimen fármaco-porno-político. El segundo motivo, radica en que los ensayos reunidos bajo la temática de pensar la sexualidad en la mujer, ofrecen elementos que permiten figurar el pasaje por ambas mesas de operaciones propias de la episteme post-Money-ísta. Incluso en el caso de la segunda mesa de operaciones, Marie Bonaparte nos permite pensar un tercer motivo tendiente a perfeccionar la cis-sexualidad.

El discurso psicoanalítico como primera mesa de operaciones

Butler ha tomado elementos explicativos del psicoanálisis para explicar cómo los marcos normativos de género operan configurando identidades y corporalidades. Ya sea en sus aspectos morfológicos —trazando límites que, sugiere Butler (2002), fluctúan entre la materialidad y la significación—, como en sus aspectos erógenos —al instalar ciertas partes del cuerpo como zonas legítimas tanto de la diferencia sexual como del placer—. En los términos de la episteme propuesta, las identificaciones que el psicoanálisis postula como constitutivas del sujeto, y que la propia Butler prioriza para dar cuenta de la producción del sujeto sexogenerizado, muestran el filo, a modo de bisturí virtual, el cual fija formas y localizaciones.

La propia Butler (2002) recurre a Freud para pensar cómo la construcción imaginaria de las partes corporales alienta el carácter indisoluble del cuerpo físico y la psique. Butler no duda en retomar al padre del psicoanálisis para sostener el surgimiento del yo como la proyección de la superficie del cuerpo y, de este modo, afirmar que el cuerpo mismo representa las superficies del aparato mental (Freud 1978a y b). Sea como fuere, a criterio de Butler, la inscripción psíquica correspondiente a la idea de una parte corporal emerge simultáneamente cuando dicha parte del cuerpo se torna fenomenológicamente accesible, lo cual confirma la imposibilidad de aislar claramente la parte del cuerpo y la fantasmaticización de la misma otorgándole su carácter de experiencia psíquica.

Para Butler, los contornos del cuerpo son sitios que vacilan entre lo psíquico y lo material. También, según ella, la anatomía depende y coincide con un esquema imaginario. Entonces, esta línea que establece la proyección narcisista e idealizante en la constitución de la morfología del cuerpo permite subvertir la idea de la existencia de un yo previo a las identificaciones participantes en tal operación. De acuerdo con Butler, el cuerpo es materia de significación. El cuerpo, como efecto, se materializa cuando asume una *forma* cuyos bordes siempre son proyecciones normativas de las taxonomías identitarias (Martínez 2013 y 2018b).

Butler (2007) nos dice: “no se puede aludir a un cuerpo que no haya sido desde siempre interpretado mediante significados culturales” (57), es decir: es imposible referir al cuerpo sin recurrir a un discurso normativo que lo interprete y,

así, le otorgue forma. Nuevamente, el cuerpo, en su sentido anatómico, no constituye un referente original. Entonces, desde el prisma butleriano, los marcos normativos de género constituyen discursivamente el cuerpo. Por tanto, es imposible no adjudicar a la imagen del cuerpo (normativa) —preexistente al cuerpo que *con-forma*— el epicentro a partir del cual la norma opera al encriptar los cuerpos bajo el marco del dimorfismo sexual. La operación de los marcos epistémicos con los cuales discursivamente contamos instala y produce cuerpos que se tornan inteligibles culturalmente solo cuando son identificables con las dos formas normativas.

Llegado este punto, nos interesa plantear cómo los aportes psicoanalíticos en torno a la feminidad estructuran la primera camilla de operaciones a la cual alude Preciado, estrictamente vinculada con la producción normativa de los cuerpos tal como la postula Butler. Desde un primer momento, el desarrollo psicosexual femenino se presenta como un claro escollo en los desarrollos conceptuales freudianos. A lo largo de su vasta obra, Freud expresa una franca dificultad para delinear conceptualmente los contornos de la sexualidad femenina. En relación con esto, el psicoanalista ofrece una analogía comparando la vida sexual femenina con un “continente oscuro” (1978c, 199) de difícil acceso para la exploración analítica. En el polo opuesto, la constitución psicosexual masculina se presenta como “la única que se ha hecho asequible a la investigación” (1978a, 137), cuya aparente transparencia y linealidad se afirma en un claro contraste con la opacidad detrás de la cual se oculta la vida sexual de la niña. La curiosidad del psicoanalista por la enigmática sexualidad de la mujer lo condujo a una productiva búsqueda por descifrar sus complejidades. Como fuere, la teoría freudiana acerca del desarrollo psicosexual de la mujer se muestra impotente al momento de conceptualizar la femineidad puesto que el autor insiste en definirla desde un prisma falocentrado (Tubert 1996; Gomariz 2022).

Uno de los primeros esfuerzos realizados por Freud para comprender la constitución psicosexual de la niña se encuentra en *Tres ensayos de teoría sexual* (1978a), donde sitúa un antecedente de su tesis sobre la masculinidad primaria. Según esta tesis, tanto para el niño como para la niña es la madre, más precisamente el pecho materno, el destinatario privilegiado de las primeras mociones pulsionales. Siguiendo este principio, mientras que la constitución psicosexual definitiva del niño se obtiene a lo largo de un recorrido lineal en el cual se conservan tanto el objeto heterosexual (la madre) y la zona erógena predilecta (el pene), la conformación libidinal de la niña supone un proceso laborioso de sustitución de objeto de amor y zona rectora.

Siguiendo a Freud, la sexualidad “propiaamente femenina”, heterosexual y reproductiva, se alcanza a través de la mudanza del deseo hacia la madre en deseo hacia el padre y del desplazamiento de la fuente erógena del clítoris a la vagina.

Freud entiende al clítoris como un equivalente atrofiado del pene asociado con modalidades autoeróticas de satisfacción que retienen a la niña en la vía de la masculinidad (Freud 1978d; Laqueur 1994). Conceptualizando el desarrollo sexual femenino como el de un niño que ha perdido su pene, Freud propuso que la madurez psicosexual femenina requiere la renuncia a la satisfacción del clítoris (es decir, el abandono de un pene sustituto) y la adopción de la vagina como el lugar apropiado de satisfacción sexual para las mujeres adultas. Ante esto, nos dice, es preciso que se logre transferir la estimulabilidad del clítoris a la vagina en tanto órgano significado como pasivo, receptivo y fundamentalmente reproductivo. En simultáneo, el desarrollo psicosexual de la niña pequeña exigirá el cambio de objeto de amor para el logro de la heterosexualidad como destino pretendidamente deseado y natural (Rubin 1986). Este enroque de la madre por el padre testimonia el despliegue del complejo de Edipo-castración en su forma femenina normativa.

La teoría freudiana acerca de la sexualidad femenina no puede ser aprehendida completamente sin antes hacer referencia al monismo fálico que plaga su obra a partir de sus desarrollos sobre la fase fálica. En 1923, Freud incorpora la organización genital infantil a las sucesivas fases del desarrollo libidinal originalmente conceptualizadas. Esta organización, que se corresponde con la fase fálica, se define porque tanto el niño como la niña reconocen un único genital: el pene. No hay un reconocimiento de la diferencia sexual en la cual se distingan cabalmente lo femenino y lo masculino, sino que la economía representacional y libidinal se rige por la antinomia fálico/castrado.

A su vez, Freud ubica en esta fase uno de los principales y más controvertidos aportes hechos por el psicoanálisis al estudio de la subjetividad y la sexualidad humanas: el complejo de Edipo. Durante esta fase, señala Freud, se produce el despliegue paroxístico del conjunto organizado de tendencias afectivas ambivalentes que dirige el niño hacia sus progenitores. En su forma normativa, prevalecen las tendencias amorosas hacia el progenitor del sexo contrario y las tendencias hostiles, de rivalidad, hacia el del mismo sexo. A partir de una prehistoria común, en la que tanto para el niño como para la niña el primer objeto de amor es la madre (en tanto responsable de la función nutricia y los primeros cuidados), en la fase fálica el camino se bifurca en virtud del modo particular que adquiere el complejo de castración para cada sexo.

De acuerdo con Freud, en la organización genital infantil se identifica un primado del falo, expresado en la creencia infantil de que todo tiene pene. Cuando el niño varón descubre que algunas personas no tienen pene, tras la percepción de los genitales femeninos, supone que la niña alguna vez tuvo pero fue castrada. Esto da forma al complejo de castración en el varón: a partir de la percepción de los genitales femeninos (o, en verdad, de la ausencia de pene) cobra eficacia la

amenaza de castración recibida con anterioridad por parte de un adulto en respuesta a sus actividades masturbatorias, las cuales implican la invocación de fantasías incestuosas. Esta amenaza, entonces, es resignificada como un peligro efectivo *a posteriori* tras advertir la falta del pene en la mujer. Así se produce la angustia de castración, especificando la forma del complejo de castración en el varón: el niño renuncia al objeto de amor, sus padres, para preservar sus genitales.

Para Freud, no es posible el ingreso de las niñas al conflicto edípico del modo en que lo hacen los niños debido a que en el caso de las primeras no existe un temor a la castración. En todo caso, la envidia del pene es la forma en la cual se prescientifica el complejo de castración en la niña: al dar cuenta de los genitales masculinos, se percibe castrada y envidia eso que no le fue dado. Esto desembocará en el desarrollo de sentimientos hostiles hacia quien considera culpable de su origen castrado: la madre, objeto privilegiado de amor durante la fase pre-edípica. Movida por la envidia del pene y la rivalidad hacia la madre, se orientará libidinalmente hacia el padre, el único capaz de otorgarle aquello que *le falta*. Mediante el establecimiento de las equivalencias simbólicas correspondientes, la niña trocará el deseo de pene por el deseo de niño (el deseo de parir un hijo del padre). De esta forma, mientras que para el niño el complejo de castración pone fin al Edipo (por la angustia que suscita), para la niña constituye la puerta de entrada porque aporta el motivo que la orienta amorosamente hacia el padre. En paralelo, y para que tenga lugar el logro de lo que Freud entiende como “feminidad normal” (Freud 1978e), la niña debe abandonar la sexualidad activa, esto es, el onanismo clitoriano. La niña adviene al camino que la conduce a la feminidad propiamente dicha al reprimir su quehacer masturbatorio activo y extrañarse de la ligazón-madre. La feminidad normal, entonces, se produce con el sepultamiento de aquellos componentes masculinos y la sustitución de la actividad por la pasividad.

Algunas discípulas de Freud han exacerbado los componentes biologicistas a los cuales apela la normativa de género para establecer los fundamentos naturalizados de las identidades sexo-genéricas. Marie Bonaparte es un claro ejemplo. Bisnieta de Lucien Bonaparte, hermano de Napoleón, fue criada por su padre, el príncipe Roland, un geógrafo y antropólogo dedicado a su oficio. En tanto parte de la nobleza, Marie fue aislada del mundo en una infancia solitaria. Sus enfermedades frecuentes la llevaron a estar sometida a un régimen de aislamiento, una variedad de medicamentos y a imaginar que estaba destinada a una muerte prematura como su madre. Siempre le apasionaron los secretos herméticos de la estructura interna del cuerpo humano. Su interés por la medicina y la biología se extendió hasta sus cuarenta años, cuando recurrió al psicoanálisis como forma de develar los secretos del cuerpo femenino.

En 1924, Bonaparte publicó un ensayo inicial sobre las causas anatómicas de la frigidez femenina. Este trabajo marcó el comienzo de una preocupación cons-

tante por la sexualidad femenina que permeó su teorización acerca de las relaciones entre biología y sexualidad, así como entre antropología y psicoanálisis, de sus escritos posteriores. Bonaparte (1972) retoma algunos segmentos del psicoanálisis freudiano para decirnos que:

[...] para que una mujer sea verdaderamente mujer es necesario que transforme su zona erógena predominante en la infancia —el clítoris— y su objeto inicial. Para la niña el primer objeto de amor es la madre, la mujer. Ese objeto es amado y deseado, según parece, durante la fase fálica que todo ser atraviesa, y en la que tanto la orientación libidinal como las zonas erógenas son exactamente las mismas que en el niño. (Bonaparte 1972, 10)

Marie Bonaparte, psicoanálisis mediante, muestra extrema preocupación por mantener los *a priori*s que organizan la episteme post-Money-ísta. Bonaparte permite pensar el modo en el cual la normalización discursiva se concentra en dispositivos de intervención clínica. Allí, podemos pensar, se produce la asignación de sexo en cada intervención, enfrentándonos con la necesidad, también advertida por Butler (2007), de producir performativamente el sexo de forma continua. Bonaparte nos habla de la frecuente inadaptación de la mujer a la función erótica. Al respecto nos dice que algunas mujeres “conservan tenazmente la zona erógena dominante fálica y aman y desean con este órgano masculino, inadecuado a la función femenina” (1972, 10). ¿Estamos frente a un transexualismo psíquico o, al menos, erógeno? En algunos casos, el dispositivo analítico ha mostrado eficacia en sus intervenciones, pues nos dice que “muchas mujeres jóvenes, en efecto, gracias al análisis han logrado pasar de la sensibilidad exclusivamente clitorica a la sensibilidad vaginal, es decir, la adaptación a la función erótica femenina” (11).

Desde el prisma teórico de Butler, es posible detectar el modo en que Bonaparte intenta evitar que el funcionamiento erógeno de la mujer frígida cortocircuite la pretendida coherencia de género. El dislocamiento no es entre identidad de género y sexo, sino entre sexo-género y modalidad de placer erógeno. Bonaparte (1972) señala que existen: “formas de la frigidez que se presentan bajo el signo del complejo de virilidad, del deseo del pene. La mujer mantiene la exigencia inicial de pene, no abandona la organización fálica, y el paso a la actitud femenina *pasiva*, condición de la sensibilidad vaginal, no se produce” (Bonaparte 1972, 11).

La autora despliega una teoría de la libido femenina, en la cual afirma que “aunque muchas mujeres no quieren admitirlo, el organismo femenino no posee, en general —y probablemente también es así en la mayor parte de especies animales— la misma cantidad de libido que el organismo masculino” (Bonaparte

1972, 75). ¿Qué sucede cuando las modalidades de satisfacción erótica no se ajustan a las exigencias normativas?, ¿es posible intervenir y transformar los modos de obtención del placer sexual?

Como ya hemos señalado, es claro que el diván, el cual forma parte del dispositivo psicoanalítico constituye una primera mesa de intervenciones en la producción del género. Ahora bien, los efectos de las intervenciones en análisis, ¿poseen efectos materiales pese a que el registro en donde se mueven es la palabra? El carácter fluctuante del cuerpo, entre lo material y lo discursivo, se hace presente en este dilema, tal como señalara Butler (2002 y 2004) aludiendo a la figura del *quiasmo*. En esta dirección, el diván bien podría constituir una segunda mesa de intervención, la cual nos aproxima al carácter prostético que plantea Preciado. Bonaparte ofrece elementos en torno a la sexualidad femenina sin dejar duda del modo en el cual el psicoanálisis configura una segunda mesa de intervenciones.

La intervención Halban-Narjani como segunda mesa de operaciones

Tal como señala Jean Walton (2001), antes de que llegara al psicoanálisis a finales de la década de 1920, cuando fue analizada por Freud, Marie Bonaparte ya se había sumergido en escritos psicoanalíticos, sexológicos y antropológicos sobre la sexualidad femenina en una búsqueda inquieta de la solución al problema de la frigidez que ella misma sentía padecer. Al no poder alcanzar el placer sexual, su propia anatomía devino enigmática al permanecer alejada del orgasmo vaginal psicoanalíticamente prescrito como sello distintivo de la heterosexualidad femenina adulta normal (Bryk 1934; Leonard 2000). Bonaparte persiguió mediante rigurosas investigaciones la causa anatómica para la frigidez. Esto la condujo hacia la frontera confusa y quiasmática entre el cuerpo como organismo y la proyección erógena del cuerpo psíquico. Así, en 1924, adoptó el seudónimo de A. E. Narjani y publicó un artículo donde argumentaba sobre la existencia de un obstáculo físico como base de la incapacidad de alcanzar un orgasmo “normal” (no clitoridiano): la distancia demasiado lejana entre el clítoris y la abertura vaginal. En el artículo titulado “Considérations sur les causes anatomiques de la frigidity chez la femme”, afirma que la cirugía correctiva podría ofrecer una solución efectiva al asunto.

Posteriormente, Bonaparte acudió al psicoanálisis como vía para transferir, por medio de la palabra, la erogeneidad desde el clítoris hacia la vagina. Aun así, la búsqueda quirúrgica no fue resignada, a tal punto que, a finales de la década de 1920, la autora contacta en al menos dos ocasiones al Dr. Halban para realizar una intervención quirúrgica de clítoris, nuevamente con la esperanza de trasladar su zona de placer a la vagina. Si bien Bonaparte está inmersa en la teoría psicoanalítica y, desde allí, asume la idoneidad de la vagina como el “verdadero”

órgano femenino, resulta curioso el modo en el cual, finalmente, el clítoris emerge en los escritos de Bonaparte como el principal órgano del placer. Sin embargo, la autora asume una defensa tenaz de la normativa sexo-genérica al adoptar la retórica psicoanalítica para la cual el clítoris es un escollo insalvable para la realización de feminidad (Moore 2009).

Marie Bonaparte señala:

[...] en su proceso de adaptación perfecta a la función erótica, la libido de la mujer tiene que recorrer, a menudo, un camino más largo [...] debe cambiar de zona y pasar, en gran parte, del clítoris infantil —órgano que [...] tendría que ser transitorio— a la vagina, órgano adulto definitivo. Sabemos que en el ámbito fluvial, los cambios de lecho implican siempre una pérdida de energía. Y la libido de la mujer, obligada sin embargo a este trabajo suplementario, posee, ya en el origen, una cantidad, y por tanto una propulsión, menores. (Bonaparte 1972, 75-76)

Estas ideas le permiten afirmar:

[...] no es de extrañar, pues, que ante el camino —más largo que en el caso del hombre— que le es impuesto y ante las barreras más numerosas que oponen a su paso la anatomía y la fisiología femeninas, por una parte, y por otra, la moral cultural, más inhibidora de la sexualidad para la mujer, el impulso primitivamente más débil de la libido femenina no consiga siempre recorrer todo el camino y superar todos los obstáculos, y que disminuya su caudal, se detenga o se estanque, total o parcialmente, aquí o allá. (Bonaparte 1972, 76)

Ante las dificultades detectadas en la dinámica fluvial de la libido femenina, Bonaparte propone una intervención quirúrgica para consolidar la mimesis entre sexo/género y la función erótica de la mujer. Estos problemas, en lo referente a la psicosexualidad femenina (categoría que a la luz de Preciado podemos pensarla como tecno-bio-política), se manifiestan por el problema que supone, según Bonaparte, la existencia de una elevada cantidad de mujeres clitoridianas. La autora nos dice: “de mis observaciones parecía desprenderse lo siguiente: (...) el tamaño del clítoris era irrelevante, pero en cambio la distancia entre el clítoris y el meato urinario parecía significativa (...) Las mujeres en que esta distancia era mayor tendían a ser exclusivamente clitoridianas” (Bonaparte 1972, 169). Su propuesta no tarda en aparecer: “se me ocurrió entonces la posibilidad de practicar, en determinadas mujeres dotadas de una distancia meato-clitoridiana muy grande y que presentaban una fijación clitoridiana tenaz, una aproximación clitórido-vaginal, favorable a la función erótica normal, por medio de una intervención quirúrgica” (Bonaparte 1972, 168-169).

Bonaparte se consideraba a sí misma una mujer masculina por el hecho de sufrir de “clitoridismo”, es decir, de la imposibilidad de experimentar un orgasmo vaginal (Walton 2001). El hecho de que ella misma se haya realizado cirugía en reiteradas ocasiones nos enfrenta con un aspecto poco tenido en cuenta: la forma en la cual el carácter prostético del psicoanálisis se vincula con el bisturí, mediante el cual su carácter normativo redobla su productividad sexo-genérica más allá de los límites de la palabra. En ocasión de reflexionar sobre las violencias normativas de las corporalidades trans e intersexuales, Butler refiere explícitamente al “bisturí de la norma” (Butler 2006, 84). Afirma que “los cuerpos producidos a través de dicho forzado cumplimiento regulatorio del género son cuerpos que sufren, que llevan las marcas de la violencia y el dolor. Aquí la idealización de la morfología del género se hace incidir literalmente en la carne” (Butler 2006, 84). Si bien Butler nos enfrenta con el “lugar de las máquinas afiladas, de la tecnología del bisturí en los debates tanto sobre intersexualidad como sobre transexualidad” (Butler 2006, 99), el interés de Bonaparte por la sexualidad femenina, y la apelación al bisturí para producir la normatividad de sexo-género, señala directamente el modo en el cual no solo las corporalidades trans e intersexuales son producidas en la segunda mesa de operaciones. Aún en los casos en los cuales sexo y género se alinean y mimetizan del modo normativamente esperable, el lecho de Procusto opera discursiva y materialmente para reforzar la matriz de inteligibilidad heterosexual infundiendo coherencia de género (Butler 2007).

El engranaje psicoanalítico y la expansión colonial del dispositivo de género

Bodil Folke Frederiksen (2008) nos permite pensar cómo los aportes psicoanalíticos contribuyeron al control de la sexualidad femenina a inicios del siglo XX en Europa. Los debates que algunas discípulas de Freud libraron en torno al clítoris impregnaron algunos de los posicionamientos respecto de la clitoridectomía en Kenia.⁴ Esta práctica fue intensamente resonante en la prensa de Londres a finales de 1920. Tal como hemos señalado, según Bonaparte, la sexualidad de gran parte de las mujeres europeas no había logrado tal transferencia de sensibilidad, por tanto, se aferraron a la satisfacción conseguida a través del clítoris —órgano sexual considerado masculino—. Su propósito fue combatir esta causa de neuro-

⁴ Existe profusa literatura feminista clásica sobre este tema. Solo por nombrar algunas pocas referencias, el feminismo cultural angloamericano en la versión de Mary Daly (1978) ha arrojado críticas profundas sobre, así denominado en el título del capítulo donde aborda la temática en cuestión, “la mutilación genital africana, atrocidades indecibles”. En la intersección raza-género, varias feministas negras, como Rogaia Mustafa Abusharaf (2001), han asumido un punto de mira postcolonial al respecto. Diversas investigaciones contemporáneas (Hoske 1981; Kinyanjui 2002; Ngarúiya Njambi 2007; Boni 2010) dan cuenta de la complejidad de este fenómeno, el cual escapa al particular enfoque asignado en este artículo.

sis e infelicidad generalizada. En su exploración de la sexualidad “natural” de las mujeres, la discípula francesa de Freud se interesó por la forma en la cual la clitoridectomía afectaba la respuesta sexual de las mujeres africanas.

Bonaparte especuló que la mayor libertad sexual de las mujeres africanas — afirmación que esconde el supuesto de que están más próximas a la naturaleza— y la práctica de la clitoridectomía les permitía enfocar su sexualidad en torno a la vagina y, por tanto, ser verdaderamente mujeres. Su particular comprensión de la universalidad del complejo de Edipo, combinada con su interés antropológico, condujo a la autora a postular el papel de la represión y la sublimación de los impulsos sexuales para el desarrollo de las capacidades sociales e intelectuales de los europeos frente a los africanos: a diferencia de estos, aquellos debían pagar el precio de la insatisfacción sexual.

Los desarrollos de Bonaparte en torno al lugar —literalmente hablando— del clítoris en la sexualidad femenina influyeron directamente en el nacionalismo cultural de Kenia. La figura de Jomo Kenyatta, discípulo de Bronislaw Malinowski en Londres y futuro presidente de Kenia, permite pensar el impacto de las ideas de Bonaparte. Para Kenyatta, la circuncisión femenina, ritualmente propagada de generación en generación, mantenía unida a la nación étnica Kikuyu. Su política nacionalista y la antropología de Malinowski, se vincularon estrechamente con el trabajo de Bonaparte. A mediados de 1930, Malinowski organizó un encuentro con Kenyatta y Bonaparte en París para intercambiar opiniones (Bertin 2013). Así, se produjo un cruce entre antropología y psicoanálisis en torno a la clitoridectomía. Las discusiones desplegadas en aquella reunión fueron decisivas para la comprensión de la sexualidad de las mujeres en Europa y África en aquel momento. Allí se ciseló, al menos en parte, el cruce entre narrativas medulares para la opresión colonial y para la consolidación del patriarcado.

Al momento de la reunión en París, a principios de 1935, Kenyatta era estudiante de antropología y se encontraba en la condición de exiliado político. En 1929, en el clímax de la crisis por la clitoridectomía, la Asociación Central Kikuyu (KCA) envió a Kenyatta a Londres (Angelo 2020). Por su parte, Bonaparte y Malinowski entablaron una relación de profunda amistad a inicios de 1930. Kenyatta fue una fuente de valiosa información tanto para Bonaparte como para Malinowski. El encuentro entre estas tres figuras coincidió con la crisis de la clitoridectomía en África Oriental —en la cual Kenyatta fue una voz protagónica— al mismo tiempo que la sexualidad femenina se discutía en círculos psicoanalíticos —controversia en la cual Bonaparte, como ya se detalló, fue una pieza clave—. Bonaparte y Kenyatta discutieron ideas sobre la sexualidad y el papel de la clitoridectomía con Malinowski. En contra de lo que él mismo consideraba miradas coloniales sobre la clitoridectomía, Kenyatta trabajó arduamente en la realización de una etnografía sobre esta práctica y sus funciones sociales. Al notar el

creciente interés de Bonaparte en la temática, Malinowski organizó un viaje a África del Este para ella, el cual se vio frustrado. En la posterior búsqueda de informantes adecuados, Malinowski contactó a Bonaparte con Kenyatta. Tal fue así, que Kenyatta viajó a París y debatieron, junto con Bonaparte, sobre la fisiología, la psicología y la política de la clitoridectomía. Kenyatta brindó información sobre las prácticas Kikuyu y, luego del viaje, le envió una descripción detallada sobre los ritos de iniciación de las niñas, incluida la escisión del clítoris.

La polémica en torno a la circuncisión femenina creció en los años 30 del siglo XX. Los británicos se oponían a la clitoridectomía entre los kikuyu dadas sus consecuencias —el corte realizado durante la intervención no solo afectaba al clítoris sino también el tejido circundante, dificultaba las relaciones sexuales y hacía peligroso el parto—. Como estrategia para no imponer una prohibición total, el gobierno colonial diferenció entre intervención mayor y menor. Los expertos médicos y los funcionarios que tomaron sus consejos consideraron realizar una forma menor de la operación y, por tanto, no perjudicial para la salud reproductiva. En 1926, durante una conferencia de gobernadores de África Oriental, se decidió que la costumbre no debía interrumpirse dado su origen antiguo, y recomendaron una forma parcial de implementarla, incluyendo únicamente la eliminación del clítoris.

Malinowski colaboró con las investigaciones de Bonaparte, cuyos escritos en torno a la conexión entre la clitoridectomía y la sexualidad femenina fueron recopilados y publicados bajo el título *La sexualité de la femme*. Con opiniones en parte formadas en diálogos con las posturas de Bonaparte, Kenyatta se enfrentó a las posiciones europeas dominantes sobre la prohibición de la clitoridectomía. Bonaparte y Kenyatta fueron piezas claves en el debate sobre las implicaciones sociales y políticas de la gestión de la sexualidad africana. Esta conversación transnacional sobre la sexualidad de las mujeres alimentó el argumento a favor de la clitoridectomía y el placer de las mujeres. A partir de allí, Kenyatta (1961) cuestionó la legitimidad y validez de las construcciones coloniales de la sexualidad africana y, paradójicamente, extrajo de su formación académica en Europa argumentos para justificar antropológicamente el modo en el cual los europeos malinterpretan el lugar cultural en las ceremonias de iniciación. Kenyatta argumenta que para cualquier miembro de su tribu es imposible imaginar una iniciación sin clitoridectomía. Abolir este elemento implica la caída de toda una institución. La ceremonia, argumentó, es un requisito previo para la edad adulta y la plena inclusión en la tribu.

Los aportes de Kenyatta son próximos a los presentados en un seminario dictado por Malinowski y a los informes remitidos a Bonaparte durante 1935. Claramente se trató de un escrito realizado desde un punto de vista masculino anclado en el interés antropológico de documentar rituales tribales, obviando el lugar

de las mujeres y su falta de poder para resistir. Bonaparte no estaba interesada en el debate político colonial, sino en el placer femenino. Al igual que Freud, aceptó el carácter bisexual de los humanos como un hecho. Para ella, la presencia desmedida del clítoris en la sexualidad indicaba que la bisexualidad persistía. Bonaparte adhirió al relato de Freud sobre la sexualidad femenina, al que ella refirió como un misterioso paso de la libido femenina que corría el riesgo de ser exageradamente masculino y en su proceso edípico podía tomar el rumbo equivocado. Es en este contexto que Bonaparte creía que su falta de disfrute vaginal durante el acto sexual podría remediarse mediante una operación que acercara el clítoris a la entrada de la vagina, la operación Halban-Narjani.

Reflexión final

El recorrido propuesto permite recuperar aportes potentes a la hora de examinar al cuerpo sexo-generizado desde un prisma ontoepistemológico y político. Con respecto a la cuestión ontoepistemológica, dimensión transversal en este artículo, nos hemos propuesto la recuperación de la materialidad del cuerpo en la producción del género. Esto nos desafía a reflexionar sobre la imposibilidad de reducir o jerarquizar la materialidad a la significación y viceversa, en tanto registros que se exceden y se implican recíprocamente. En definitiva, esto supone que antes que una oposición entre estos términos —materialidad y lenguaje— existe un plegamiento recíproco. Por otro lado, Preciado (2014) concibe el cuerpo como una integración o hibridación entre lo somático y lo técnico. El cuerpo entendido en términos somato-políticos se erige al modo de un producto técnico, en el cual la materialización depende de la operatoria de una serie de tecnologías ocultas. El artefacto tecnovivo resultante de esta producción es sometido a un proceso de naturalización, del cual emerge el cuerpo sexuado en su materialidad fármaco-pornográfica.

En este sentido, si el *quiasmo* se presenta como una propuesta superadora del representacionalismo extremo del cual fue acusado el primer tramo de la obra de Butler (Barad 2007), los aportes de Preciado introducen los registros semiótico-materiales de la existencia en la producción técnica de la naturaleza del cuerpo. Por ello, como propone Campagnoli: “comprendemos que toda performatividad, además de quiasmática, es prostética” (Campagnoli 2013, 54). Consideramos que es preciso inscribir estos aportes en la necesidad de generar herramientas conceptuales, las cuales nos adviertan de la restricción y violencia epistémica impuesta por los sentidos naturalizados del cuerpo a nuevos existenciales que rompen las formas esperables de alineación sexo-género. Las líneas indagadas y la articulación presentada permiten, al menos en el plano teórico, colaborar con tal proyecto político deconstructivo.

En cuanto a los aspectos políticos implicados en este artículo, los hemos derivado del modo en el cual la narrativa psicoanalítica en torno a la sexualidad femenina, intensificada —tanto en sus aspectos discursivos como materiales— por Marie Bonaparte, ha operado como un engranaje semiótico-técnico clave de las mesas de operaciones sustentando el funcionamiento del dispositivo de género tal como lo conceptualiza Preciado.

En suma, el interés de Bonaparte en las intervenciones quirúrgicas de los órganos sexuales femeninos y sus efectos sobre la libido femenina fueron notables. Esta preocupación coincidió con un deseo de no cuestionar fundamentalmente las prácticas heterosexuales afirmadas como un hecho natural. Bonaparte estaba convencida de que una comprensión completa de las causas y los efectos de la clitoridectomía podría resolver el enigma de la sexualidad femenina. Ella creyó firmemente que, habida cuenta de la clitoridectomía, las mujeres africanas no estaban inhibidas por el complejo de masculinidad y, por ello, gozaban de una vida sexual más satisfactoria que las mujeres europeas. Bonaparte necesitaba acceso a la experiencia sexual circuncidada de las mujeres africanas. En algunas ocasiones intentó, fallidamente, un análisis intercultural de la clitoridectomía. En sintonía con esto, Kenyatta pensó que la clitoridectomía contribuía a disminuir y controlar los sentimientos sexuales de las mujeres, haciéndolas femeninas y receptivas para los hombres. Según Bonaparte, las tesis freudianas en torno a la sexualidad femenina se conectaban directamente con la escisión del clitoris practicada por muchas tribus, la cual constituía una feminización adicional para las niñas. Al extirpar ese vestigio fálico, la libido es obligada a tomar el camino vaginal. Bonaparte (1972) afirmó que las mutilaciones sexuales rituales impuestas a las mujeres africanas desde tiempos inmemoriales constituyen la contrapartida física exacta de las intimidaciones psíquicas impuestas en la infancia sobre la sexualidad de las niñas europeas pequeñas mediante el complejo de Edipo.

La referencia al lecho de Procusto con la cual iniciamos es apropiada para concluir nuestras reflexiones. Las torturas y las muertes perpetradas por Procusto encontraron un límite cuando Teseo —héroe de Atenas— destruyó a Procusto y su lecho. Si Procusto nos recuerda las violencias discursivas y materiales de la matriz normativa de sexo-género, Teseo nos enfrenta con la posibilidad de subvertir dicho dispositivo generizado y racializado. Desde nuestro punto de vista, el desafío radica en desencriptar las corporalidades de la lógica de la diferencia. El dimorfismo sexual restringe otras narrativas en torno al cuerpo y, así, limita el despliegue de otras corporalidades y localizaciones subjetivas no cifradas bajo el binario que caracteriza el ordenamiento actual de los géneros —estratégicamente anclado en la naturalización del sexo y sus dos “buenas formas”, incluso en los “buenos modos” de gozar—. El supuesto que interesa examinar críticamente refiere a que el cuerpo, codificado bajo un dimorfismo sexual naturaliza-

do, opera como el principal obstáculo epistemológico para la proliferación de localizaciones subjetivas diversas (Martínez 2018a). ¿Qué otros marcos epistemológicos nos guiarán en la reconfiguración de la diferencia en diversidad? Tal vez no podamos imaginar la no existencia de un lecho donde el sujeto repose, pero a esta altura, ya sabemos que no necesariamente debe ser Procusto quien gestione el dispositivo. ■

Referencias

- Abusharaf, Rogaia M. 2001. Virtuous cuts: female genital circumcision in an African ontology. *Differences*, 12(1): 112-140. <https://doi.org/10.1215/10407391-12-1-112>.
- Angelo, Anaïs. 2020. *Power and the presidency in Kenya. The Jomo Kenyatta years*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ayto, John (ed.). 2009. Procustean. En *From the Horse's Mouth: Oxford Dictionary of English Idioms*. Oxford: Oxford University Press, 275.
- Barad, Karen. 2007. *Meeting the universe halfway: quantum physics and the entanglement of matter and meaning*. Durham: Duke University Press.
- Bertin, Celia. 2013. *Marie Bonaparte: la discípula de Freud que exploró la sexualidad femenina*. Buenos Aires: Tusquets.
- Bonaparte, Marie. 1972. *La sexualidad de la mujer*. Barcelona: Península.
- Boni, Tanella. 2010. Wounded bodies, recovered bodies: discourses around female sexual mutilations. *Diogenes*, 57(1): 15-29. <https://doi.org/10.1177/0392192110369311>.
- Bryk, Felix. 1934. *Circumcision in man and woman: its history, psychology and ethnology*. Nueva York: American Ethnological Press.
- Butler, Judith (1997) 2004. *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid: Síntesis.
- Butler, Judith. (1990) 2007. *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, Judith. (1993) 2002. *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, Judith. 2006. *Deshacer el género*. Buenos Aires: Paidós.
- Campagnoli, Mabel A. 2011. Mujeres y feminismos: entre identidad y des-identificación. *El Psicoanalítico*, 7: 79-88.
- Campagnoli, Mabel A. 2013. La noción de quiasmo en Judith Butler: para una biopolítica positiva. *Nómadas*, (39): 47-61.
- Campagnoli, Mabel A. 2018. *Preciados feminismos: una lectura de Preciado para la antropología filosófica*. Málaga: Universidad de Málaga.
- Coll-Planas, Gerard. 2012. *La carne y la metáfora. Una reflexión sobre el cuerpo en la teoría queer*. Madrid: Egales.

- Daly, Mary. 1978. *Gyn/ecology. The metaethics of radical feminism*. Boston: Beacon Press.
- de Lauretis, Teresa. 2000. *Diferencias: etapas de un camino a través del feminismo*. Buenos Aires: horas y HORAS.
- De Mauro Rucovsky, Martín A. 2016. *Cuerpos en escena: materialidad y cuerpo sexuado en Judith Butler y Paul B. Preciado*. Barcelona: Egales.
- Frederiksen, Bodil F. 2008. Jomo Kenyatta, Marie Bonaparte and Bronislaw Malinowski on clitoridectomy and female sexuality. *History Workshop Journal*, 65: 23-48. <https://doi.org/10.1093/hwj/dbn013>.
- Freud, Sigmund. [1905] 1978a. Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras Completas: Vol. VII*. Buenos Aires: Amorrortu, 109-222.
- Freud, Sigmund. [1908] 1978d. Sobre las teorías sexuales infantiles. En *Obras completas: Vol. IX*. Buenos Aires: Amorrortu, 183-201.
- Freud, Sigmund. [1914] 1978b. Introducción del narcisismo. En *Obras completas: Vol. XIV*. Buenos Aires: Amorrortu, 65-98.
- Freud, Sigmund. [1926] 1978c. ¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial. En *Obras Completas: Vol. XX*. Buenos Aires: Amorrortu, 165-234.
- Freud, Sigmund. [1933] 1978e. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. 33a conferencia: La feminidad. En *Obras Completas: Vol. XXII*. Buenos Aires: Amorrortu, 104-125.
- Gomariz, Tomás. 2022. Los cuerpos de Freud: hacia una conceptualización de la potencia queer de la pulsión. En Luisina Bolla (ed.), *Caleidoscopio del género: nuevas miradas desde las ciencias sociales*. Temperley: Tren en Movimiento, 119-140.
- Haraway, Donna. 1995. *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Hosken, Fran P. 1981. Female genital mutilation in the world today: a global review. *International Journal of Health Services*. 11(3): 415-430. <https://doi.org/10.2190/edda-xatl-jpbpf-35ry>.
- Kenyatta, Jomo. 1961. *Facing Mount Kenya. The tribal life of the Gikūyū*. Londres: Mercury Books.
- Kinyanjui, Rosemary. 2002. Hidden cost of rejecting female genital mutilation [FGM]. *Transformation*, 19(1): 72-77. <https://doi.org/10.1177/026537880201900116>.
- Laqueur, Thomas W. 1994. *La construcción del sexo: cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Cátedra.
- Leonard, Lori. 2000. "We did it for pleasure only": hearing alternative tales of female circumcision. *Qualitative Inquiry*, 6(2): 212-228. <https://doi.org/10.1177/107780040000600203>.

- Martínez, Ariel. [2013]. El grano de arena en el centro de la perla: registros de la identificación y formación del sujeto en Judith Butler. En: M. L. Femenías, V. Cano, y P. Torricella (eds.). *Judith Butler, su filosofía a debate*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 213-240.
- Martínez, Ariel. 2018a. *Identidad y cuerpo en la trama del sujeto sexo-generizado*. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.
- Martínez, Ariel. 2018b. Medusa y el espejo cóncavo: la raigambre normativa de la violencia sobre el cuerpo. *Universitas Philosophica*, 35(71): 21-52. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.uph35-71.mecv>
- Moore, Alison. 2009. Frigidity, gender and power in french cultural history: from Jean Fauconney to Marie Bonaparte. *French Cultural Studies*, 20(4): 331-349. <https://doi.org/10.1177/0957155809344155>.
- Muñoz Contreras, Leah. 2024. Nuevo materialismo y nueva biopolítica. Diferencia sexual y cuerpo trans. *INTER DISCIPLINA*, 12(32):205-30. <https://doi.org/10.22201/ceiich.24485705e.2024.32.86928>.
- Ngarúiya Njambi, Wairimú. 2007. Irua Ria Atumia and anti-colonial struggles among the Gikūyū of Kenya: a counter-narrative on "female genital mutilation". *Critical Sociology*, 33(4): 689-708. <https://doi.org/10.1163/156916307X210991>.
- Preciado, Paul B. 2009. La invención del género, o el tecno-cordero que devora a los lobos. En *Biopolítica de género*. Buenos Aires: Ají de pollo.
- Preciado, Paul B. 2014. *Testo yonqui: sexo, drogas y biopolítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Rubin, Gayle. 1986. El tráfico de mujeres: notas sobre la «economía política» del sexo. *Nueva Antropología*, VIII(30): 95-145.
- Tubert, Silvia. 1996. Psicoanálisis, feminismo, posmodernismo. En Mabel Burin y Emilce Dio Bleichmar (coords.), *Género, psicoanálisis, subjetividad*. Buenos Aires: Paidós, 289-313.
- Vacarezza, Nayla L. 2011. Figuraciones del cuerpo con género. Paralelismo y quiasmo. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 3(6): 33-43.
- Walton, Jean. 2001. *Fair sex, savage dreams. Race, psychoanalysis, sexual difference*. Durham: Duke University Press.